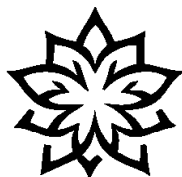


La chica
Luciernaga

Nereida Noonan



editorial
siete islas

© La chica luciérnaga

© Nereida Noonan

ISBN: 978-84-944982-1-3

Depósito Legal: GC-975-2016

Primera edición: Noviembre 2016

Edición: Editorial siete islas www.editorialsieteislas.com

Correcciones y estilo: Laura Ruiz Medina

Ilustración Portada: Andrea García Grande

Maquetación: Elena López Guijarro

Visita nuestro blog: www.blogeditorialsieteislas.com y nuestro canal de Youtube.

Si quiere recibir información sobre nuestras novedades envíe un correo electrónico a la dirección: editorialsieteislas@gmail.com

Y recuerde que puede encontrarnos en las redes sociales donde estaremos encantados de leer vuestros comentarios.

#lachicaluciérnaga [#editorialsieteislas](https://twitter.com/editorialsieteislas)

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin la autorización previa por escrito del editor. Todos los derechos están reservados.

A la chica de la cometa
y los globos rojos.

Prólogo

Solo hace dos semanas que te fuiste y ya me cuesta respirar, todo lo que antes era fácil ahora es difícil, todo lo que antes tenía sentido ya no lo tiene sin ti. Me siento huérfano, y de no ser porque el dolor me sobrepasa me sentiría gilipollas también. Nunca imaginé que te escribiría, y mucho menos que te escribiría cuando estuvieras muerto, pero aquí estoy, escribiendo una especie de diario, cual quinceañera enamorada, incluso estoy usando un cuaderno que he comprado expresamente para la ocasión. Sé que te partirías de risa con todo esto.

Te escribo porque según mamá, esto ayuda. Bueno, ella me ha dicho que hable contigo, como si me escucharas, dice que eso es lo que me ayudaría, y lo he intentado, pero me siento profundamente gilipollas.

Así que aquí estoy, escribiéndote con la esperanza de que hacerlo me funcione igual y no me sienta estúpido. Por ahora parece que funciona.

Siento un vacío tan inmenso que parece que dentro de mí solo haya aire, nada más que aire recorriendo mi cuerpo, un aire frío que me va congelando poco a poco, un aire que me entumece y me anestesia, incluso haciéndome sentir a veces que no siento nada, que me he vuelto insensible.

Veo a mamá llorar y no siento nada. La gente me habla de ti y me da sus condolencias y no siento nada. Pero ayer, de repente, entré en tu habitación y me derrumbé, me asaltaron las lágrimas, tantas que pensé que no podría dejar de llorar en días.

No soporto el hecho de que no estés, de despertarme y que no seas la primera persona que vea, no soporto no escuchar tu voz, ni tu risa, no soporto, ni entiendo, que mi vida continúe como si nada, como si tú nunca hubieses estado en ella, dándole sentido y llenándola.

¿Qué se supone que debo hacer ahora? No puedo, ni quiero, volver a los Coyotes, no sé que se supone que debo hacer con mi vida, con mi futuro, ni siquiera había pensando en ello hasta que te fuiste.

Cada noche sueño lo mismo. Cada noche estoy en el mismo canal, rodeado de Alas de cuero, y cada noche te veo morir. Es horrible, es como vivirlo todos los días de nuevo, y cada vez que me despierto de madrugada, asustado y con el corazón latiéndome tan fuerte que parece que vaya a desgarrarme el pecho, maldigo que te interpusieras, maldigo no haber sido yo en tu lugar.

Tú eras mejor que yo, eras genuino, eras único, y yo no, yo me limitaba a imitarte y a seguirte, y no entiendo porqué tuviste que irte. Tendría que haber sido yo.

Te echo muchísimo de menos, Brian



Capítulo 1

Seattle había sido un infierno. Casi desde el comienzo. Brand no recordaba un período de tranquilidad y felicidad desde que pisó aquel sitio. Él solo tenía diez años, pero aún así le dio mal presentimiento desde el principio.

Para empezar, él ni siquiera había querido trasladarse. Ni él, ni Brian, ni Bev, pero su madre los había obligado. No soportaba más Manitoba, había dicho. Ni Manitoba, ni la granja, ni las tareas que conllevaba, ni los caballos, ni a su marido. En realidad lo que no soportaba era a su marido, su intolerancia al resto de cosas habían llegado empujadas por la intolerancia que sentía al padre de sus hijos. Sencillamente, se había despertado un día y se había dado cuenta de que aquella vida tranquila y rutinaria ya no la llenaba, ni el hombre que tenía al lado.

Así que cogió a sus tres hijos y se trasladó a Seattle, dejando al hombre con el que había pasado la mitad de su vida en aquella enorme granja de Springfield, en Manitoba, Canadá.

A Brand le gustaba la granja, le gustaban los caballos, le gustaba correr con Buck, su Alaskan Malamute, por los mazaes, le gustaba llegar del colegio, hacer sus tareas de clase y luego ayudar a su padre en las tareas de la granja, junto a

su hermano mayor, Brian. Le gustaba trabajar en la siembra y luego en la cosecha. Le gustaba recorrer los maizales y los campos de girasol cada día y ver cuánto habían crecido, cuánto les quedaba hasta poder recoger sus frutos.

Pero de repente su madre los sacó a los tres de allí y los llevó a aquella maldita ciudad llena de humo y ruido donde todo había ido de mal en peor.

Y lo peor vino con la muerte de Brian.

Aquel nunca había sido su sitio, el de ninguno de los tres, habían roto su armonía y el primero en caer había sido Brian, y Brand había sido arrastrado con él. La frustración, la rabia y la confusión se manifestaron en forma de rebeldía. Las notas bajaron, empezaron las malas contestaciones a su madre, las inconformidades sobre cualquier cosa, por mínima que fuera.

Brian fue el primero.

Sus notas bajaron y poco a poco empezó a dejar de asistir a clase cada vez más a menudo. Empezó a desobedecer a su madre y a rebelarse contra todo, a rodearse de malas influencias, a fumar, primero cigarrillos y después hierba. Y luego vino lo de los Coyotes negros.

Solo tenía catorce años cuando se unió a ellos. Una banda de camorristas, como muchas de las bandas de camorristas que poblaban Seattle, enfrentándose entre ellos y armando jaleo.

Brian fue el primero, y Brand le siguió después.

Brian era tres años mayor que él, y a falta de un padre de quien tomar ejemplo, Brian hizo las veces de padre para Brand, su ejemplo a seguir, su héroe. Lo admiraba con todo su ser, lo adoraba. Y Brian lo adoraba a él.

Así que Brand no tardó mucho en seguir los pasos de su hermano mayor e imitarlo en todo. Con quince años apenas iba a clase, no tocaba un libro, fumaba y era miembro activo

de los Coyotes negros. Se pavoneaba con su hermano Brian y varios miembros más de la banda por las calles de Seattle, orgullosos con sus chalecos vaqueros con el símbolo de la banda cosido a la espalda, un coyote negro con los ojos rojos, mostrando los dientes, con espuma en la boca y semblante fiero.

Los Coyotes fueron lo más parecido que tuvieron a una familia desde que se fueron de Springfield. Todos aquellos chicos los protegían, cuidaban de ellos, no hacían preguntas, simplemente estaban allí cuando se les necesitaba, y Brand, al ser el más pequeño, recibía un cuidado especial.

Su madre era consciente, pero no podía hacer nada, no podía luchar contra ellos, por mucho que les decía, sus hijos seguían haciendo lo que ellos querían, y ella apenas estaba en casa para controlarlos, había demasiadas facturas que pagar.

Lo peor vino cuando su madre echó a Brian de casa, cuando éste tenía veintitrés años. No podía seguir conviviendo con él, mucho menos con una niña de quince años. No podía seguir exponiéndola a aquel desastre, a que miembros de otras bandas buscaran a Brian en su casa, a las visitas de la policía, a ver llegar a su hermano con la cara desfigurada de las peleas. Así que lo echó de casa, con todo el dolor de su corazón, y Brand se enfureció, convirtió a su madre en su peor enemigo y el rencor y el odio que había acumulado por ella a lo largo de los años se incrementó.

No tardó en irse con Brian y el resto de Coyotes a la guarida que estos tenían, un viejo local que antiguamente había sido un gimnasio.

Pero entonces pasó. Solo tenía veintiún años, y Brian veinticuatro.

Se armó una pelea a gran escala entre los Coyotes negros y los Alas de cuero, que habían sido enemigos desde que ambas bandas fueron fundadas. Llovían los puñetazos, las patadas,

las hojas de los cuchillos destellaban en la noche, las varas de hierro silbaban en el aire.

Fue un segundo, un Ala de cuero pilló a Brand de espaldas, Brian lo vio antes de que llegara a él y se interpuso entre el cuchillo y su hermano. La hoja entró limpia al corazón y Brian murió desangrado en los brazos de Brand.

Brand escapó por los pelos, fue hasta casa de su madre y se atrincheró en su antiguo cuarto, el que había compartido con Brian. No salió en una semana. Su padre vino desde Canadá para enterrar a Brian, junto a su madre y Bev, pero él se negó a salir de su habitación. Su padre volvió a Canadá. Su madre le llevaba comida a su cuarto, a veces le hablaba, pero era como hablar con la pared.

A la semana y media salió y lo primero que hizo fue coger su chaleco de los Coyotes y quemarlo.

Y el tiempo pasó, tal y como hace para todos, pero Brand siguió anclado en aquel suceso. Dejó a los Coyotes, cumplió una pequeña condena en un centro de reinserción para jóvenes delincuentes y al salir encontró un empleo en un supermercado. Una vida normal, tranquila. Pero su madre sabía que su hijo estaba muerto. Que aquella noche no solo Brian había muerto. Así que habló con Benjamin, Benjamin le hizo la propuesta a Brand y este aceptó. ¿Por qué no?, volver a Springfield durante una temporada no podía ser tan malo, no es como si dejara nada importante en Seattle, salvo a su madre y a su hermana Beverly. Y la idea de trabajar todo el día en la granja y luego simplemente dormir, sin pensar en nada, le resultaba tremendamente atractiva. Aire puro, silencio, trabajo. Le parecía una idea estupenda.

*Bry, ¿ya sabes a dónde voy? Seguro que sí, tú siempre lo sabes todo.
De no ser porque vino a Seattle cuando te fuiste ni siquiera recordaría*

su voz a día de hoy. Es un completo desconocido para mí, imagínate para Ben, apenas tiene un recuerdo suyo.

Seguramente no funcionará, pero tengo que intentarlo, Seattle me está consumiendo, hermano, Seattle y tu presencia por todas partes.

Ni siquiera soy capaz de recordar algo bueno que viviera con él, prevalece lo malo. Bueno, están las tardes en el porche, las ferias de verano, los paseos en caballo y la pesca, pero son recuerdos vagos que son eclipsados inmediatamente por lo que vino después.

Intentaré, en la medida de lo posible, coexistir con él, centrarme en el trabajo, agotarme hasta el extremo y empezar un nuevo día para repetir el mismo proceso, con la esperanza de que algo cobre sentido por fin, con la esperanza de encontrar la respuesta a cómo seguir, cómo vivir, porque ya no recuerdo cómo se hace, ni siquiera sé si supe cómo hacerlo alguna vez.



Capítulo 2

Volaba ese día. Había comprado el billete una semana antes, y Beverly no le dirigía la palabra desde entonces.

Sabía que su hermana pequeña no quería que se fuese, sobre todo porque ella no se había esforzado nada en ocultarlo, al contrario, había aprovechado la mínima oportunidad para echárselo en cara y torturarlo.

Beverly le dijo a su madre que no iría a despedirlo al aeropuerto, que ni siquiera se despediría de él, no se despediría de alguien que la estaba abandonando.

Pero Brand fue a su cuarto, a falta de cuatro horas para volar rumbo a Canadá, con la esperanza de limar asperezas con su hermana.

—¿Puedo pasar? —preguntó Brand desde el umbral de la puerta.

Beverly estaba sentada en su cama con las piernas cruzadas y un libro en el regazo. Idéntica a su madre, y con el mismo carácter.

—Lo he dejado bastante claro, no voy a despedirme de ti. No voy a hablar contigo.

—Vamos, Bey, no seas cría.

—No, Brand, tú eres el crío. ¿Por qué no puedes simplemente quedarte y afrontar lo que sea que te atormenta?

—Necesito cambiar de aires, necesito olvidarme de todo.

—¿Y si no es olvidar lo que necesitas?

—Pues afrontarlo entonces, necesito afrontarlo, y aquí no puedo.

—Primero Brian y ahora tú. Me habéis abandonado los dos.

Brand entró en el cuarto de Beverly y se sentó en la cama, junto a ella, pasándole un brazo alrededor de los hombros y estrechándola contra él.

—No digas eso, solo serán unos meses, pasaré allí el verano y volveré, lo prometo. Puede que incluso antes, si consigo encontrarme de nuevo.

—¿De verdad lo necesitas, Brand? —preguntó Beverly, cediendo, mirándolo con sus enormes ojos castaños y vidriosos.

—Si no lo necesitara no me marcharía.

Beverly se mantuvo callada unos minutos, mientras las lágrimas comenzaban a aflorar.

—Volverás, ¿verdad?

—Volveré, te lo prometo. Jamás te abandonaré, Bevie, aunque seas una cría insufrible y te encierres en el cuarto de baño una eternidad.

—Eres un imbécil —dijo Bev, riendo.

—¿No quieres venir tú también?

—¿Y qué voy a hacer yo en una granja?

—De pequeña te encantaba.

—Ni siquiera lo recuerdo.

—Si me extrañas tanto que no puedes respirar, ven a verme.

—No seas exagerado, puedo vivir sin ti perfectamente.

—Ya, claro, por eso has llorado.

—Vete a la mierda —dijo Beverly dándole un golpe en el hombro y riendo.

—Lo digo en serio, podrías hacerme una visita.

—¿Crees que podrás convivir con Benjamin?

—No tengo ni la más remota idea de cómo será.

—¿Lo odias?

—No, me es indiferente.

—¿Y si no eres capaz de vivir con él?

—Me limitaré a cumplir con mi trabajo, no voy a relacionarme con él.

No había compartido un solo momento con su padre desde los diez años, y solo lo había visto fugazmente cuando fue a Seattle por el entierro de Brian, así que para Brand, Benjamin Brubacker era un completo desconocido.

No es que no supiera que había vivido buenos momentos con él. Recordaba momentos en el porche con la armónica, ferias gastronómicas, paseos en caballo, pero todos los momentos buenos habían quedado eclipsados por el rencor y el odio, y ahora ni siquiera era capaz de recordar los motivos por los cuales odiaba a su padre.

Finalmente Bev fue al aeropuerto a despedirlo, junto a su madre. Estaban sentados en los asientos de la terminal, esperando que el vuelo de Brand permitiese facturar sus maletas y cruzar al otro lado del aeropuerto.

—Me llamarás todos los días, ¿verdad? —le preguntó su madre.

—Sí, mamá —contestó Brand, esbozando una sonrisa torcida.

—Ten paciencia con tu padre, es un hombre complicado.

—Esa es tu manera amable de decir que es un tío insoportable, ¿verdad?

—Es tu padre, Brandon, y no, no es insoportable, solo es...complicado.

—Ya. No te preocupes, intentaré pasar de él y sus *complicaciones*.

—Creo que te sentará muy bien cambiar de aires, cariño. Aprovecha este tiempo en la granja, por favor. ¿Lo harás?

—Lo haré, no te preocupes más.

Su madre sonrió y lo besó en la frente. Cuarenta minutos después ya estaba metido en el avión, aterrorizado, pero fingiendo que no lo estaba. Tenía la mandíbula tan apretada que le dolían los dientes y las manos sujetando tan fuertemente los apoyabrazos que sus nudillos estaban blancos. Odiaba volar. No, odiar no era la palabra. Le aterrorizaba volar. Le aterrorizaba más que cualquier otra cosa. Irónico.

Cuando aterrizó pensó que no lo encontraría, que quizá su padre mandaría a alguno de sus jornaleros a por él, y al recoger sus maletas y no encontrarlo pensó que no se había equivocado, pero al salir del aeropuerto en busca de un taxi lo vio, apoyado en su camioneta Dodge azul con la pintura descascarillada y la parte trasera llena de tierra y restos de heno.

Benjamin no había cambiado demasiado, a pesar de los años, salvo por las arrugas en su cara, el que su pelo se ribeteara de canas y ahora luciera una poblada barba, por lo demás estaba prácticamente igual, alto y curtido por el trabajo en la granja, siempre bronceado por trabajar tanto tiempo bajo el sol. Brand pensó que no lo había reconocido porque se limitó a mirarlo sin expresión alguna, pero Benjamin lo había reconocido al instante. Quizá su pelo castaño y su boca fueran los de su madre, pero aquellos ojos verdes eran de su padre.

—Hola, Benjamin.

—Brandon —dijo Benjamin, asintiendo con la cabeza.

Se produjo un momento incómodo en el que ninguno de los dos sabía qué hacer, hasta que Benjamin le extendió su mano grande y áspera por el trabajo y Brand se la estrechó, luego su padre lo ayudó a meter las maletas en la parte trasera de la camioneta y se pusieron en marcha, en lo que sería una hora de trayecto en silencio escuchando a Willie Nelson.

—¿Cómo está tu madre? —preguntó su padre de repente.

A Brand le sorprendió que su padre entablara conversación, y mucho más que le hiciera aquella pregunta.

—Bien, supongo —dijo Brand.

—¿Y Beverly?

—Bien.

—¿Y tú?

—Todos bien.

—Bueno, me alegro, entonces.

—No tienes que fingir que te interesa, ¿sabes?

—¿Qué te hace pensar que no me interesa?

—Olvidalo.

—Sois mi familia, por supuesto que me interesa.

—Hagamos un trato. Trabajaré todo lo que me pidas, sin rechistar, pero trátame como a otro de tus jornaleros. No quiero nada de rollos paternalistas, ¿vale? No intentes entrar en mi cabeza, ni me preguntes cómo me siento, ni intentes crear ningún tipo de vínculo conmigo, ¿de acuerdo? Si quieres hacer algo por mí, déjame trabajar en la granja y así podré olvidarme un poco de todo.

Benjamin permaneció en silencio un buen rato, hasta que por fin asintió con la cabeza y siguieron el trayecto en silencio.

La granja tampoco había cambiado y los recuerdos asaltaron la mente de Brand como una avalancha. No le resultó difícil recordar como Brian, Bev y él jugaban al escondite entre el maizal mientras Buck los perseguía. Buck, con su pelaje negro y blanco y sus ojos azules, apenas un cachorro cuando se fueron a Seattle.

La granja de su padre siempre había sido de las más grandes y fructíferas de Springfield, aunque en un pueblo de 12.990 habitantes tampoco era tan difícil, y por cómo se podía ver a los jornaleros trabajando, la granja seguía dando sus buenos frutos.

Sacaron las maletas de la camioneta y en cuanto se aproximaron a la casa el viejo Buck, que ya no era un cachorro ni mucho menos, apareció de detrás de la casa lanzando ladridos. Brand no sabía si el perro se acordaría de él, así que se limitó a esperar a que se aproximara, pero el perro lo reconoció y fue trotando alegremente hasta su viejo amigo, meneando la cola, sollozando feliz.

Su viejo amigo Buck lo devolvió de golpe al pasado, a cuando era feliz, a cuando era un crío de diez años que solo se preocupaba de sacar buenas notas en el colegio. Brand se acuclilló, aunque no era necesario porque el perro le llegaba casi hasta el pecho, pero el perro aprovechó la proximidad para lamer ansioso la cara del muchacho, que sonreía alegremente.

—Hola chico, me alegro de verte —dijo Brand al perro, mientras Benjamin observaba la escena, reprimiendo una sonrisa—. Me recuerda.

—Por supuesto que sí, es el perro más listo del mundo.

—Es muy viejo, ¿verdad?

—Tiene trece años, pero está en plena forma. Venga, metamos tus cosas dentro.

Tampoco el interior de la casa había cambiado mucho, salvo por algunos muebles nuevos, pintura en lugar de papel en las paredes y el desorden típico de la ausencia de una mano femenina. Por lo demás, estaba prácticamente igual.

—He adecentado un poco tu viejo cuarto, por si querías ocuparlo, aunque supongo que puedes quedarte con cualquiera de los demás, si los adecentas tu mismo —dijo Benjamin.

—¿Qué hay del granero?

—¿El granero?

—¿Puedo quedarme ahí?

—Está algo sucio y lleno de trastos, hace mucho que no subo.

—¿Entonces?

—Supongo que sí, si lo adecentas. Tendrías que bajar todas las cajas y los trastos al sótano. Puedes quedarte en tu antiguo cuarto mientras tanto, y podrás preparar el granero cuando termines tus tareas en la granja. ¿Estás de acuerdo?

—Sí, señor.

El granero había sido en el pasado el escondrijo secreto de Brian. El granero de la granja Brubacker constaba de un gran espacio para almacenar heno, sacos de semillas, sacos de fertilizante y herramientas de trabajo, también había una hilera de estantes llenos de latas de pintura, de clavos, barniz y demás cosas. En medio de todo eso, una escalera llevaba a una zona más alta con suelo de madera y barandilla en lugar de paredes, un gran cuadrado imitando una ventana y el tejado en triángulo, inmensamente alto sobre su cabeza.

A Brian le gustaba pasar el tiempo allí, tumbarse en el viejo sofá raído a leer comics o a mirar las estrellas con su telescopio, estratégicamente colocado en el ventanal.

Benjamin lo ayudó a subir las maletas al piso de arriba. Su cuarto sí había cambiado. Ya no había papel de pared de aviones, ni aquella cama con forma de coche que su padre le había hecho, ni el estante con los trenes de juguete, solo había una sencilla cama, que había sido de Brian y que era demasiado pequeña para Brand, con una mesa auxiliar al lado donde descansaba una vieja lámpara, un armario, una cómoda y un escritorio, ni rastro del cuarto que había ocupado de niño, ni siquiera parecía la misma estancia.

Benjamin lo dejó solo para que se acomodara. Brand dejó las maletas a un lado y después de examinar la estancia vacía y carente de vida, fue al granero, que estaba atestado de cajas, trastos, polvo y telarañas, se aproximó a la ventana y observó las vistas. Estaba atardeciendo, así que los campos de girasol y el maizal aparecían cubiertos del dorado del atardecer,

haciéndolos parecer de oro. Desde allí se veían las hileras de maíz casi en su totalidad, los girasoles, las hectáreas de cultivo de diferentes clases, el granero y los establos. También se veía la única granja vecina que había en varios kilómetros y hasta donde Brand recordaba, sus padres siempre la habían llamado la granja McFarland y allí solía vivir una mujer joven a la que su madre siempre llamaba la hippie loca, pero Brand ni siquiera la recordaba.

Pero si recordaba los viñedos, y allí seguían. Largas hileras de uvas hasta donde alcanzaba la vista. Él y Brian solían colarse a robar uvas hasta que su padre los pilló y les hizo limpiar mierda de caballo hasta el día del juicio final. A partir de ese día no volvieron a robar una sola uva más.

Y entonces la vio, aunque no podía verla con claridad, ya que estaba demasiado lejos, pero vislumbró a una chica rubia entre los viñedos. El sol se proyectaba en su pelo rubio haciéndolo parecer también de oro. Apenas podía distinguir nada, salvo el color de su pelo. Ella se paseaba por el viñedo, pero no parecía estar recogiendo las uvas, andaba despacio mientras rozaba las plantaciones con las yemas de los dedos.

No sabía quién era, pero no podía ser aquella mujer a la que su madre llamaba la hippie loca, aquella chica rubia parecía bastante joven. Quizá los McFarland habían vendido la granja, pensó, y anotó mentalmente preguntárselo a su padre.



Capítulo 3

La tradición de las bés había empezado con la tatarabuela de su padre, Beatrice. Beatrice engendró a Bárbara, Bárbara a Bonnie, Bonnie, al no engendrar chicas, llamó Benjamin a su hijo, y Benjamin llevó la tradición de las bés al extremo. Le pareció gracioso, y llamó a sus hijos Brian, Brandon y Beverly.

Brand estaba harto de escuchar esa historia, incluso sin haber tenido apenas contacto con su padre en doce años. Pero allí estaba ese viejo irlandés, contando esa maldita historia otra vez mientras cenaban. Sus abuelos habían emigrado desde Irlanda del norte cuando su padre solo tenía siete años, y su abuelo había levantado la granja él solo.

—¿Quién vive en la granja de al lado? La de los viñedos —preguntó Brand.

—Lorelai McFarland. ¿No la recuerdas?

—Es a la que mamá llamaba la hippie loca, ¿verdad?

—Sí, pero Lori no está loca, aunque si es una hippie.

—¿Está sola?

—¿Te refieres a si vive sola?

Brand asintió con la cabeza.

—Oh, ya la has visto —dijo Benjamin.

—¿Quién es la chica de las uvas?

—¿La chica de las uvas? —preguntó Benjamin, riendo.

—Sí, la chica rubia que se pasea por los viñedos.

—Es Hayley, su sobrina.

—No la recuerdo.

—Eso es porque empezó a visitar a su tía el verano que os fuisteis a Seattle.

—¿Y ahora vive con ella?

—Ajá. Dos chicas especiales, sin duda.

—¿Su sobrina también es una hippie loca?

—Lori no está loca.

—¿Y por qué mamá la llamaba así?

—Porque no entendía su forma de vida. Cambiando de tema, necesito que mañana vayas al pueblo a por unas cosas.

—¿Mañana?

—Sí, mañana.

—¿Empezaré a trabajar mañana?

—Por supuesto que sí. A eso has venido, ¿no? ¿No querías que te tratara como a otro de mis jornaleros? Mis jornaleros empiezan a trabajar en cuanto llegan.

—Sí, señor.

Después de la cena, consistente en puré de patatas y pollo, se fue arriba, a su cuarto, a lo que había sido una vez su cuarto pero que ya no se parecía en nada a lo que había sido. No había vida en él. Brand quería poner a punto el granero lo antes posible, hacerlo suyo para intentar, en la medida de lo posible, sentirse en casa.

Se asomó a la ventana, pero esta daba a la parte trasera y solo veía los maizales, desde ahí no podía ver la granja McFarland, ni los viñedos.

Se recostó en la cama, que crujió bajo su peso, manifestando las quejas de una cama que no había sido usada en doce años. El colchón estaba duro y frío, y por muy cansado que estuviera y por mucho que intentara dormir no lo consiguió,

se pasó horas dando vueltas en aquel colchón incómodo y escuchando los sonidos de los animales y del susurro del viento al rozar los maizales y las hojas de los girasoles, y también a su padre roncar dos cuartos más allá.

Salió del dormitorio todo lo en silencio que pudo, haciendo crujir la madera bajo sus pies, y fue hasta el granero. Allí el sonido parecía casi desvanecerse, como si las paredes de la estancia apenas los dejara pasar. Se asomó a la ventana y vio los viñedos y la granja vecina, la luna proyectaba una senda plateada sobre las hileras de uvas, como el camino de baldosas amarillas que guiaba a Dorothy a Oz.

Y entonces lo vio. Un pequeño destello de luz, a varios metros de la granja, campo a través. El destello pareció salir del suelo, surgir de él, y se movía, parecía ascender y surgir de la tierra, y a medida que lo hacía, el destello se iba haciendo más potente.

Y había más, había colores. Destellos de colores. Azul, amarillo, rosa, verde. Pero Brand no entendía qué estaba viendo. Los destellos de colores danzaban en el aire, avanzaban como luciérnagas.

Brand las veía danzar en el aire, internarse en los viñedos y danzar entre las uvas, recorriendo las hileras en zigzag. Y de repente desaparecieron, como si se evaporaran por arte de magia.

¡Luces de colores por todas partes!! Nunca imaginé que la noche de mi llegada vería tal espectáculo de luces, ¡eran preciosas, Bri! ¡Ojalá las hubieras visto! Al principio pensé que quizá alguna vez las viste cuando éramos niños, pero luego pensé que si las hubieras visto me lo habrías dicho.

No tengo idea de que son, parecen luciérnagas, pero no sé si las luciérnagas son capaces de brillar de diferentes colores, le preguntaré a Benjamín por la mañana.

Y, conociéndote como te conozco, sé que ahora preguntaría: «¿Qué tal las primeras horas con el viejo?».

Bueno, no tengo aún un veredicto, apenas he pasado unas horas con él, y te diría que no es como lo recordaba, pero es que apenas puedo recordar cómo era.

¿Era un buen tipo, un tipo amable, que nos abrazada, que nos arropaba por las noches y nos decía que nos quería? No lo sé, tío, mi mente es como el centro de un huracán desde hace mucho tiempo, todo es silencio, y a mi alrededor veo imágenes girando en torno a mí, pero no distingo bien lo que es. Si al menos estuvieras aquí, si estuvieras aquí podrías aclararme todo ese caos, me sacarías del centro silencioso del huracán y me mostrarías las cosas desde fuera.

El maldito gallo cantó en cuanto salió un poco el sol, y Brand no estaba acostumbrado a madrugar tanto, pero se levantó resignado, y concienciado de que aquella sería su rutina a partir de ese día, que no volverían los días de dormir hasta tarde en mucho tiempo.

Despertó congelado en aquella cama infernal, a pesar de tener una gran manta para él, pero no era el clima, ni la manta, era aquella cama sin vida ni calor humano, aquel dormitorio muerto.

Bajó con expresión enfurruñada a la cocina, donde su padre ya había preparado y servido el desayuno.

—Buenos días, veo que Chester te ha dado la bienvenida —dijo Benjamin.

—Más vale que Chester se esconda de mí, o lo prepararé una noche de estas para cenar.

Brand se sentó a la mesa con su padre, dando buena cuenta de sus huevos y beicon.

—Chester solo nos recuerda que tenemos cosas que hacer, que no debemos quedarnos en la cama holgazaneando. ¿Comprendes eso?

—Sí, señor.

—Antes de ir al pueblo vas a ayudarme a dar de comer a los animales, a recoger los huevos de las gallinas y a limpiar las cuadras y los establos.

—Sí, señor.

Brand hizo todo lo que su padre le ordenó, sin rechistar, aunque no le parecía justo que lo pusiera a trabajar el primer día, en lugar de dejarlo acomodado en el granero y hacerse de nuevo con el entorno, pero Brand supuso que no había mejor forma que volver a familiarizarse con la granja que trabajaba en ella.

Benjamin Brubacker cultivaba cosas de todo tipo, desde maíz y girasoles hasta fresas, patatas y otras hortalizas, que luego vendía a diferentes comercios del pueblo, sin contar la venta de huevos y leche y la cría y venta de caballos. No, a Benjamin Brubacker no le iba nada mal.

Su padre lo había mandado a entregar varios de esos pedidos y de paso, a comprar algunas cosas necesarias para su casa. Pero Brand no entendía cómo su padre pretendía que el conociera la ubicación de cada uno de esos sitios. Springfield tampoco había cambiado tanto, Brand recordaba algunos de los sitios que ya estaban allí cuando él tenía diez años, pero algunos otros eran nuevos, y de la mitad ni se acordaba. Benjamin le dio una lista detallada del nombre de los comercios y qué debía entregar a cada uno, así que Brand había ido hasta el pueblo con la camioneta que lo había traído a la granja el día antes, y con paciencia fue buscando los comercios hasta encontrarlos casi todos, salvo uno, una panadería donde se suponía que tenía que llevar leche y huevos.

La buscó durante media hora hasta que se dio por vencido y decidió preguntar. Vio a un chico más o menos de su edad y decidió que le preguntaría. Se apeó de la camioneta y lo abordó.

—Disculpa, amigo, ¿podrías echarme una mano?

El chico lo miró de arriba a abajo con el ceño fruncido, examinándolo.

—Por supuesto, ¿qué problema tienes? —dijo el chico.

—Estoy buscando este lugar —dijo Brand enseñándole el nombre escrito en la lista.

—Oh, sí, está justo al doblar la esquina, no lo has visto porque ayer quitaron el letrero para cambiarlo, y supongo que si no eres de aquí no reconoces el sitio.

—Mierda, he dado un millón de vueltas y está justo ahí. Muchas gracias.

—De nada.

Brand se encaminó de nuevo a la camioneta, ansioso por terminar ya los recados en el pueblo y volver a la granja, tenía muchas ganas de empezar con el granero.

—¿Brandon? —dijo el chico, a su espalda—. ¿Eres Brandon?, ¿el hijo del señor Brubacker?.

—Sí.

—¡Brand, tío! ¡Soy yo, Jack! ¿No me recuerdas? Jack Graham, íbamos juntos al colegio, estábamos en la misma clase.

—¿Jack el canijo? —preguntó Brand, riendo.

—¡Sí! Aunque, como ves, ya no tan canijo.

—¡Joder que no, tío!

Brand se acercó y le dio un amistoso abrazo. Lo recordaba. Su padre era buen amigo del padre de Jack, habían ido a la misma clase e incluso habían jugado juntos cuando su padre venía de visita a casa y traía con él a Jack y a su hermana. Brian solía burlarse mucho de él, lo llamaba esmirriado y una vez lo dejó encerrado en el granero durante tres horas.

En el colegio llamaban a Jack canijo porque era muy delgado y bajito, pero ahora no quedaba nada de aquel muchacho esmirriado, los años le habían dado un buen estirón y el duro trabajo en la granja, un cuerpo fornido.

—¿Cuándo has vuelto? —preguntó Jack.

—Ayer.

—¿Qué haces aquí? Pensé que vivías en Seattle. No me malinterpretes, me alegro mucho de que estés aquí.

—Sí, vivimos en Seattle. He venido a pasar una temporada con mi padre.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte?

—No lo sé, tío. Una temporada, a ver cómo va.

—Oye, siento mucho lo de Brian. Cuando me enteré no podía creerlo.

—Gracias, Jackie.

—Así que, ¿estás trabajando para tu padre?

—En cierto modo.

—¿Te paga? —preguntó Jack, burlón.

—Ni un céntimo —dijo Brand, riendo.

—Así son los viejos, nos tienen trabajando todo el día por amor al arte.

—¿Estás trabajando en tu granja?

—No hay otra cosa que hacer por aquí, colega. Aquí nunca pasa nada interesante. Si esperas encontrar aventuras como en Seattle, has venido al sitio equivocado.

—Por eso precisamente he venido, aquí nunca pasa nada. Es justo lo que necesito.

—Ha sido una alegría verte, Brand, y espero que te quedes una buena temporada. Ten, mi número —dijo Jack sacando papel y lápiz y garabateando en él—. Dame un toque y saldremos a tomar unas birras.

—Cuenta con ello.

Jack le dio la espalda y se dirigió a su Jeep.

—Eh, no te pierdas —dijo Jack señalando la panadería—. Justo ahí.

—Muy gracioso.

Su padre lo hizo trabajar un rato más antes del almuerzo. Había que admitir que Benjamin se las ingeniaba bien en la

cocina, lo que cocinaba no estaba nada mal. Benjamin le dijo que tenía el resto del día libre y que podía ponerse con el granero si quería, así que Brand, después de comer y lavar los platos subió entusiasmado a lo alto de la granja, a poner a punto lo que durante los meses siguientes consideraría su refugio.